

**Fuentes para la historia de la matemática en  
Colombia<sup>1</sup>**  
**Discurso de apertura de estudios pronunciado en la  
Universidad del Cauca, el día primero de octubre de 1830 por  
el Catedrático de Matemáticas Lino de Pombo<sup>2</sup>**

*... Si deficiant vires, audacia certe  
laus eritis in magnis et voluisse: sat est*  
PROPERCIO

Señores:

Si el profundo respecto con que miro las resoluciones de la junta de gobierno de esta Universidad; si el puesto que ocupa en el distinguido cuerpo de los catedráticos fundadores de este naciente establecimiento: si mi decidido interés, en fin, por la educación pública no me hubiesen hecho considerar como un deber la aceptación del honroso encargo que para este solemne acto se encomendó á mi cuidado: la íntima convicción de mi insuficiencia me habría ciertamente retraído de subir á esta tribuna en un día tan clásico, que exige más vastos estudios, conocimientos más generales que los míos. Yo espero, Señores, que al escucharme no perderéis de vista el compromiso involuntario en que me encuentro: y que haciendo justicia á mis buenos deseos, me dispensareis la debida indulgencia si no satisfago los vuestros.

La juventud estudiosa del Cauca, después de un reposo ligero, vuelve hoy llena de nuevos estímulos á beber en las fuentes de la sabiduría y a visitar los arcanos de las ciencias. Todo hombre honrado, todo ciudadano amante de

---

<sup>1</sup>En esta entrega de *Lecturas Matemáticas* continuamos la publicación de documentos que interesan a la historia de la matemática en Colombia. El programa de publicación de estos documentos es un propósito institucional de la *Sociedad Colombiana de Matemáticas*, a cargo de los profesores CLARA H. SÁNCHEZ & VÍCTOR S. ALBIS.

<sup>2</sup>*Discurso de apertura de estudios pronunciado en la Universidad del Cauca, el día primero de octubre de 1830 por el Catedrático de Matemáticas Lino de Pombo*. Santafé de Bogotá, Imprenta de B. Espinosa, 1830.

su patria siente un verdadero regocijo al contemplar en esta ocasión el laudable ardor con que alumnos y preceptores se disponen á principiar otra vez sus tareas literarias: y el agradable recuerdo de tantas públicas muestras de aprovechamiento extraordinario en los unos, y de constancia y celo ejemplar en los otros, en los precedentes cursos, llena el alma de las esperanzas más dulces, e inflama la imaginación con las perspectivas más halagüeñas.

La ceremonia de apertura de estudios, á que la ley ha querido con razón dar solemnidad e importancia, es para mí una verdadera fiesta cívica. Todos vemos en la generación que actualmente se desarrolla el plantel fecundo de los grandes hombres que habrían algún día el ornamento de su país y serán los apoyos de sus libertades, los agentes de su prosperidad y los conservadores de sus glorias. Todos fincamos nuestras seguridades para el porvenir en la reforma intelectual que ha empezado felizmente á ensayarse con estos tiernos y delicados renuevos de la sociedad; que gradualmente se perfeccionará; y que cumplida al fin, habrá ocasionado una revolución completa en los hábitos, en las ideas, en las leyes y en las relaciones sociales. Tal vez en medio de las turbulencias intestinas que nos fatigan, en presencia del horroroso cuadro de desmoralización que nos atribula, cuando la inestabilidad de los asuntos públicos nos desalienta y lastima, esta es la idea consolatoria que viene á calmar nuestro espíritu y á reanimar algún tanto nuestra confianza.

Por que en efecto, Señores, solamente la difusión de las luces, la generalización progresiva de la enseñanza hasta los ciudadanos de la ínfima clase, es lo que puede formar con el tiempo entre nosotros una respetable masa pensadora, que calcule con exactitud lo que es del interés público; una fuerza de sana opinión que contrarreste las maquinaciones criminales de la ambición personal, y que mantenga á su despacho el orden y la autoridad de las leyes; costumbres para, en fin, que sean la salvaguardia del honor y de la reputación del individuo, y que estrechen los vínculos de las familias y de los pueblos. Nuestro establecimiento de los de enseñanza, aunque imperfectos y todavía en la infancia, pueden ser mirados como el núcleo del gran sistema de educación primaria, á cuya completa organización se dirijan los conatos de un buen gobierno, y los votos del hombre pacífico e ilustrado. De las universidades existentes será de donde serán los profesores de esas interesantes escuelas en que lucen los primeros destellos de la inteligencia humana, en que empieza desenvolviéndose la razón, y en que el corazón, como una tierra virgen, puede recibir con provecho las semillas de todas las virtudes y germen de las acciones grandes.

Considerado bajo este punto de vista filantrópico, e independientemente de tantos otros resultados lisonjeros, el objeto de nuestros trabajos académicos,

toman ellos un carácter de importancia que excita el entusiasmo y estimula á llevar adelante la obra de esta regeneración saludable. Si yo me dejase arrastrar de mis deseos, entraría en el análisis de los medios conducentes á este fin, y en el examen de los recursos de que podemos disponer para alcanzarle; enumeraría los obstáculos que hay que vencer, las causas que influirán todavía por mucho tiempo en sentido contrario de nuestros esfuerzos; y calcularía la bien lejana época en que podrá haberse obtenido esta inoculación general de los buenos principios, en nuestra dispersa, indolente y heterogénea población. Pero esto sería desviarme del asunto á que debo contraer mí discurso; y entrar en cuestión demasiado complicadas: sería olvidarse el momento en que hablo. Al principiar una nueva temporada de estudios, siguiendo la noble senda en que hemos avanzado ya algunos pasos, parece muy oportuno que echemos para animarnos algunas miradas atrás: que demos una ojeada rápida sobre la marcha y los progresos de los conocimientos humanos en general, en los siglos que nos han precedidos; y que examinemos después lo que nosotros mismos hemos adelantado en los pocos años que contamos de libertad y de existencia política. Este cuadro histórico es digno de fijar la atención de los que aspiran á penetrar en el santuario de las ciencias.

Al recorrer. Señores, bajo un aspecto filosófico la historia del hombre, de este ser privilegiado, que tanto se jacta de la superioridad de inteligencia con que le dotó su creador, asombra y compadece la lentitud con que ha avanzado en la carrera de la civilización; el esfuerzo que le ha costado la adquisición de unas pocas verdades triviales, y la multitud de extravagancias y delirios á que ha tributado en todos tiempos fanáticos homenaje. Buscáronse por siglos enteros en la imaginación, más bien que en la esencia de las cosas, los principios de las ciencias: creábanse sistemas fantásticos para explicar los fenómenos naturales más sencillos, en vez de consultar á la razón y la experiencia: y del propio modo que en las sectas religiosas, se establecieron creencias científicas de que no era permitido separarse, y misterios ridículos reservados á unos pocos adeptos. La dificultad de la circulación de los libros, los errores que se introducían en ellos con la penosa y lenta multiplicación de las copias, la pesadez de los métodos, la oscuridad de los preceptos, la falta de discusión pública, el apego por las ideas recibidas en la infancia, mantenían casi estacionarios en la edad media los conocimientos humanos.

Algún hallazgo hijo de la casualidad, algún genio privilegiado que aparecía de cuando en cuando, hacían ganar terreno á las ciencias; pero pronto volvían á su estado de sopor.

Si nos remontamos á los tiempos primitivos, y examinamos entre las tinieblas y las fábulas de la antigüedad, lo que habían adelantado los hombres, apenas hallaremos inciertos vestigios, incapaces de responder á nuestra curiosidad; las revoluciones del globo lo han destruido todo: libros, tradiciones y monumentos. Pero puede asegurarse sin error, que á la guerra, á las supersticiones religiosas, y á la satisfacción de las indispensables necesidades naturales de la vida, estaba limitada la esfera de su actividad y de sus conocimientos: por tanto, solo debieron cultivar las artes de una manera imperfecta. El origen de la geometría lo hallamos sin embargo entre los egipcios, obligados por las inundaciones del Nilo á demarcar de un modo riguroso los límites de sus heredades: y entre los ritos de este mismo pueblo célebre, vemos envueltas algunas nociones de la astronomía, igualmente cultivada por los caldeos. Los persas dieron algunos pasos en ambas ciencias, ensayaron la poesía y la escritura, y tuvieron sus letrados: y aun los árabes observaban los astros en el desierto.

La filosofía fue cultivada por los griegos, con tanta afición como la elocuencia y las bellas artes. Hombres insignes florecieron en aquel país de deliciosa memoria, que han legado á la posteridad máximas de la más profunda sabiduría. Las sombras de PITÁGORAS, de SÓCRATES, de PLATÓN, de ANAXÁGORAS, de CENÓN y de otros filósofos ilustres reciben todavía de nosotros homenajes puros de admiración y respeto. Atenas cien veces subyugada por la fuerza de las armas, conservó siempre la reputación de sabia, y veía acudir á sus escuelas la juventud más florida del orbe conocido entonces. Los cantos sublimes de HOMERO, las odas de ANACREONTE y de PÍNDARO, las obras de JENOFONTE y HESÍODO, las tragedias de SÓFOCLES, las comedias de EURÍPIDES y ARISTÓFANES, las oraciones de DEMÓSTENES, y otros restos preciosos de la literatura griega reunidos á lo que sabemos de sus instituciones y sus leyes, nos hacen formar idea grandiosa del genio de aquellos patriarcas de la libertad y la civilización.

Los romanos, señores del mundo, apenas pudieron hacer otra cosa que marchar sobre las huellas de sus maestros los griegos; de ellos tomaron códigos, dioses, preceptores y modelos. No obstante en los ramos á que aquellos no se habían dedicado, aparecieron en Roma hombres eminentes. Los *Anales* de TÁCITO, los escritos de PLUTARCO y de PLINIO, dan testimonio de esta verdad. Pero á ese grande imperio, elevado por las virtudes, y minado después sordamente por la corrupción, hija de su engrandecimiento mismo, le estaba preparada una catástrofe espantosa, que debía cubrir de tinieblas al universo.

Las numerosas bandadas de bárbaros que por el norte y por el mediodía lo invadieron, llevando por todas partes el incendio, el saqueo y la muerte,

fueron la inundación de fango que arrastró la cosecha de las ciencias en Europa, y destruyó los frutos acopiados en multitud de siglos. La encantadora Italia, mansión de los placeres, fue profanada por esas hordas destructoras, y al furor de sus manos desaparecieron las bibliotecas y los sabios, y se arruinaron muchos importantes monumentos. Los restos de las letras griegas y romanas buscaron en Constantinopla su último refugio y allí vegetaron todavía lánguidamente por algunas centurias.

Después de la caída del Imperio de oriente, y cuando los conquistadores bárbaros, sometidos al evangelio, habían empezado ya a suavizar sus costumbres y a marchar en la carrera de la civilización, las letras fugitivas volvieron a parar á la Italia, y principio á cultivárselas en Alemania y en Francia. Buscáronse entre las cenizas y las ruinas las mutiladas reliquias de las obras maestras de la antigüedad: excitándose algún tanto la curiosidad y el buen gusto; y se echaron los fundamentos del amor, de lo bello y de lo cierto, que propagándose poco á poco debía conducir finalmente al triunfo de la razón en las escuelas y en los pueblos.

Pero en el retiro silencioso de los claustros, o en el solitario gabinete de algún hombre superior á sus coetáneos, era en donde se alimentaba este fuego sagrado. Las letras tímidas y avergonzadas, no se atrevían casi á presentarse al público, que no sabía apreciarlas y las miraba como fútil entretenimiento. Ellas hacían las delicias de sus favoritos; mas les faltaban movilidad y crédito.

La invención de la imprenta quitó al fin las trabas que impedían la circulación de los libros, y puso en comunicación al género humano. Esta es la época más memorable en la historia de los progresos del espíritu; época que podemos llamar el tránsito de la barbarie á la civilización.

La filosofía peripatética, herencia de siglos sin cultura, reinaba entonces de una manera absoluta en los establecimientos de enseñanza. La autoridad de los soberanos y la intolerancia y encaprichamiento de las corporaciones privilegiadas que dirigían la educación de la juventud, sostuvieron tenazmente por muchos años el método y las doctrinas del hombre á quien apellidaban *el gran maestro*. El furor de la argumentación dominaba en las universidades y en los colegios y no sé hacía caso de la verdad ni de la razón, por correr tras de las sutilezas. Mirábanse con el más alto menosprecio las lenguas vivas, cuyo uso en las aulas habría dejado sin destino los formularios y la exótica nomenclatura a que tanta importancia se daba en ellas: y se perdía miserablemente el tiempo en el latín y en las controversias teológicas, vagando en las abstracciones y en los espacios imaginarios, cuando debía haberse pensado algo en las maravillas de la astronomía y de la física, y en los intereses de la tierra.

Parece que la naturaleza tiene dispuesto que los grandes pasos hacia la perfección moral e inteligencia de la raza humana sean debidos siempre, a aquellas tremendas crisis, que poniendo en combustión á las naciones, producen una efervescencia general. Los disturbios y lamentables males que excitaron con sus opiniones en el siglo decimosexto los pretendidos reformadores de la Iglesia, hicieron germinar en los espíritus un sentimiento de independencia que produjo los más saludables efectos. MONTAIGNE, cuyos ensayos fueron llamados por un cardenal *el breviario de los hombres de bien*, apareció por este tiempo exponiendo sus dudas sobre la utilidad del método seguido en las escuelas, y sobre lo que se designaba con el pomposo título de sabiduría. El modesto BACON, que adivinó la ley de la atracción universal, presentó á las investigaciones de los sabios una multitud de hechos que debían ser examinados, y de experiencias que podían ensayarse. Y el atrevimiento y la fuerza lógica de estos dos hombres, aunque no obtuvieron triunfo inmediato, prepararon la restauración de la filosofía verdadera.

DESCARTES, partícipe y contemporáneo de los más bellos descubrimientos matemáticos y físicos, á cuyo benéfico influjo había de deberse al fin la completa reforma científica tan deseada, trazó las reglas propias para pasar de la duda á los conocimientos ciertos; y si bien es verdad que al aplicarse cayó el mismo en errores en la física y en la metafísica, no podrá negarse que enseñó á combatirlos todos quitando las prisiones al entendimiento, y sustituyendo al empirismo y á la sofistería racionios sencillos y sólidos. DESCARTES se hizo un nombre justamente merecido como matemático y como filósofo, fundando, por decir así, el arte de pensar: la doctrina aristotélica dejó libre el campo á la filosofía cartesiana y á las meditaciones del recto juicio, y rayó la aurora de la ilustración en Europa.

El espíritu de análisis, camino el más seguro y directo para buscar la verdad, empezaba ya á servir de guía en las investigaciones filosóficas, ensanchando rápidamente los dominios de todas las ciencias. Los descubrimientos se sucedieron sin intermisión unos á otros y los esfuerzos reunidos de muchos hombres grandes, auxiliares de su empresa por las naciones académicas, elevaron bajo el nombre de filosofía natural un vasto edificio estribado sobre los inmensos progresos de la geometría y del cálculo, y abrazando en su conjunto la mecánica, la física y la astronomía.

El eminente autor del ensayo filosófico sobre el entendimiento humano, presentó la metafísica bajo un aspecto enteramente nuevo, indagó el origen,

---

# LECCIONES

DE

# ARITMÉTICA I ALJEBRA,

POR

LINO DE POMBO.



BOLIVIA: 1858.

IMPRESA DE LA NACIÓN.

---

Página titular del libro *Lecciones de aritmética i álgebra*  
de LINO DE POMBO O'DONNELL

la extensión y el grado de certidumbre de los conocimientos de que es capaz el hombre, le mostró sus fuerzas, y le impidió abandonarse á una indulgencia floja, o abrazar el arriesgado pirronismo. Las ideas de LOCKE recibidas con singular aceptación, fijaron definitivamente la opinión de los hombres sensatos.

Las ciencias matemáticas y fisicomatemáticas dieron un vuelo portentoso con los trabajos de COPÉRNICO y de GALILEO, de NEWTON y de HUIGHENS, de LEIBNITZ y de EULER. Halláronse y demostrándose las inalterables leyes del movimiento en el universo; se escalaron las regiones celestes para conquistar otros mundos, y se resolvieron cuestiones importantísimas que habían fatigado antes en vano á los más sobresalientes genios.

MONTESQUIEU, reuniendo con un talento eximio en cuerpo de doctrina los trabajos aislados de escritores antiguos y modernos, se ocupó del espíritu de la legislación y abrió el campo á reflexiones y á reformas gubernativas de la más saludable influencia. Empezóse á discurrir seriamente sobre los deberes y los derechos del hombre en sociedad, y temblaron en sus sillas los apóstoles de la servidumbre y los opresores de los pueblos.

Principiaron á fermentar desde esa época en Europa los elementos de la emancipación civil del género humano, víctima miserable del orgullo y de las pretensiones de los príncipes. Varios escritos filosóficos atrevidos presentaron en toda su luz la historia de los abusos y de los errores políticos, arrancaron la máscara hipócrita con que el absolutismo encubría sus atentados, dieron á los pueblos el conocimiento de sus fuerzas, y excitaron ideas que no podían apagarse, y necesidades que era indispensable satisfacer. Una revolución terrible estalló al fin en el país más culto de la tierra, para presentar al mundo el asombroso conjunto de los más horrendos crímenes, y los más heroicos hechos; para exaltar todas las pasiones, sublimar todas las virtudes y desencadenar todos los vicios; y para desenvolver grandes talentos en todo género, que sin ella habrían quedado inútiles e ignorados.

Las ciencias todas, y con especialidad las matemáticas, daban pasos gigantes en Francia, al tiempo mismo en que la sangre corría á torrentes por efectos de las disensiones civiles. Al estruendo del cañón, al doloroso eco de los gemidos de las víctimas, una legión de sabios consagraba sus vigiliass á la perfección de los métodos, á la revisión de los principios, y á la investigación de las consecuencias que de estos emanaban. Destruídos de un golpe en el tumulto revolucionario todos los establecimientos antiguos de enseñanza pública, se vieron aparecer en su lugar, la famosa aunque transitoria escuela normal, las escuelas centrales, la escuela politécnica, y brillar en ella los genios de LAGRANGE, LAPLACE, MONGE, HAÛY, VOLNEY, BERTHOLLET y otros hombres



ilustres que rivalizaban en patriotismo, en desprendimiento y en saber. La colección de las lecciones dictadas en esa era memorable, que presentan todas un carácter de amenidad filosófica, y de libre discusión, sumamente interesante, forma el curso más luminoso, y más completo de los diversos ramos científicos que abrazaban. Nada se olvidó: todo fue refundido o retocado: la física y la química se enriquecieron con experiencias y descubrimientos preciosos: perfeccionóse el cálculo, la mecánica obtuvo leyes rigurosas y simples; nació para bien de las artes la geometría descriptiva; y la exactitud, y la precisión matemática penetraron en las demás ramificaciones de los conocimientos humanos.

Las bellas letras se habían elevado al cenit de su gloria desde el reinado espléndido de LUIS EL GRANDE, fecundo como el de AUGUSTO en escritores clásicos, que encontraban estímulos, protección y sosiego. BOSSUET, FENELON, RACINE, los CORNEILLES, MOLIERE, LA FONTAINE, BOILEAU, el venerable, FONTENELLE, y otros y muchos literatos distinguidos dieron con sus obras á la lengua francesa y al siglo en que vivían, un lustre que no podrá empañarlo el transcurso del tiempo. La magnífica empresa de la enciclopedia, llevada á cabo con tanto y tan buen gusto, forma por sí sola el elogio de la subsiguiente época.

Así fue que en dos centurias de acontecimientos favorables, y de continuados esfuerzos, salieron nuevamente, las letras, las ciencias, y las artes del vilipendio estado de infancia, á que las habían reducido los godos y los vándalos: crecieron, medraron y establecieron su imperio. La Francia, la Inglaterra, la Alemania, y la Italia, las recibieron con entusiasmo, las cultivaron con afición y las protegieron con esmero. La rápida multiplicación de las academias, de los liceos, de las sociedades literarias, filantrópicas y científicas, de las bibliotecas y museos, de los libros y publicaciones periódicas, han dado suma actividad á la propagación de las nociones útiles, las han puesto en boga, y las han hecho accesibles á todo género de personas. La industria, la agricultura y el comercio, fuentes de la prosperidad pública, recibieron el impulso que era consiguiente al desarrollo de la inteligencia humana: se mejoraron en todas partes las instituciones y las leyes, la cultura suavizó las costumbres, aumentó los goces de la vida, e hizo más tranquila y más amable la existencia.

Este bosquejo rápido puede hacernos formar idea de los progresos de las luces en Europa: separemos ahora los ojos de esas naciones poderosas y cultas para fijarlos en los desiertos feraces de América. Hagamos el doloroso cotejo de nuestra civilización con la del viejo mundo, y examinemos, si hay siquiera esperanzas de mejora que nos sirvan de consuelo.

Nuestro país marchaba, Señores, en la carrera de la civilización, dos siglos atrás de las naciones cultas de Europa. Incomunicado con ellas, por un efecto

del monopolio y de los celos de su antigua metrópolis, yacía en una ignorancia profunda de cuanto pasaba en el resto del universo: y si algún rayo de luz alcanzaba á penetrar por casualidad hasta estas apartadas regiones, la política sabría de los gobernantes, se alarmaba y hacía esfuerzos para oscurecer su brillo. Reducidos al estado miserable de colonos, y bajo la tutela de mandatarios interesados solo en aumentar su fortuna: sin tener á que aspirar en la carrera de las letras, que no proporcionaba reputación, ni honores, ni destinos, sino muy secundarios: y expuestos siempre á ser víctimas de los recelos de la autoridad, que veía el principio de su ruina en la ilustración del pueblo: los americanos españoles, sin modelos, sin protección y sin estímulos, estaban imposibilitados para cultivar las ciencias, y consagrarse al estudio de los conocimientos útiles.

Por otra parte, la nación á que pertenecían, víctima ella misma del sistema inquisitorial, y encorvada bajo el yugo de un gobierno absoluto, intolerante y fanático, no participaba sino muy ligeramente de las adquisiciones científicas de los pueblos vecinos, y vivía separada del movimiento hacia la perfección social, que se hacía sentir generalmente en el resto de la Europa. La filosofía victoriosa y acatada del lado de allá de los Pirineos, no osaba traspasar esta formidable barrera, defendida por arraigadas preocupaciones, y por la poderosa influencia teocrática, y cuando en las demás naciones habían ya desaparecido las rancias doctrinas, y los métodos bárbaros de los anteriores siglos, en España se les conservaba con veneración religiosa, y servían de norma para las escuelas y las aulas. Aprisionado el genio, deprimidos los talentos, calumniados y perseguidos los hombres de mérito, se perpetuaban los abusos, y reinaba sin contradicción el sistema de tiempo atrás adoptado. Las luces del siglo penetraban parcial y furtivamente en algunos individuos de la clase media: pero la masa de la población, llena de ideas supersticiosas, y esclava de hábitos añejos, permanecía sumida en la más abyecta ignorancia. El comercio y la marina, las manufacturas, la agricultura y las artes, el crédito nacional, decaían rápidamente por la indolencia del gobierno, sin otra compensación que la de estudiar mucho latín, retumbar con furibundos argumentos los espaciosos claustros de Alcalá y Salamanca.

Tal era la metrópoli altiva, Señores, de dos mundos, cuya voluntad regía nuestros destinos, hasta la época en que el encadenamiento de los sucesos, y la fuerza de las circunstancias vinieron á romper los vínculos antiguos que nos unían con ella. Más sumisos, más vigilados, más llenos de trabas que los vasallos de la corona en Europa, necesariamente, habíamos de estar todavía más embrutecidos: y á no ser por la fecundidad con que esta tierra virgen produce talentos, no habríamos contado para nuestra transformación política, con un

solo hombre capaz de dirigir los negocios del estado, y de trabajar con aciertos en favor de la causa pública.

Los estudios que se hacían en las capitales, estaban planteados bajo reglas análogas á las antiquísimas que gobernaban en las universidades de España, y circunscrito solo á la latinidad, la rancia filosofía, las jurisprudencia civil y canónica, la medicina y la teología. Libros totalmente desacreditados, y llenos de sandeces. e impertinencias escolásticas, eran los que servían de texto para esta enseñanza ridícula, que no variaba de forma ni de sustancia por espacio de medio siglo: de manera que las ciencias de colegio estaban con poca diferencia, lo mismo que nuestros usos y hasta nuestros trajes, en el mismo pie que allá por los tiempos de la conquista. Sin embargo un feliz instinto, y el deseo de aprender formaron entre nosotros sujetos eruditos que todo lo debieron á ellos mismos: y la venida del sabio MUTIS á Santafé, llamó la atención de algunos jóvenes despejados, que á fuerza de aplicación adelantaron bastante en las ciencias exactas. Uno de ellos fue el desgraciado CALDAS, víctima de su saber y de su patriotismo, cuya pérdida nunca lloraremos suficientemente.

La transición arriesgada de la servidumbre á la libertad, y de la subordinación colonial á la independencia, debía conducirnos al embarazo de las reformas, tan necesarias como difíciles de calcular y plantear. La inexperiencia, los vicios de la educación, las escaseces de libros y de hombres, la falta de principios, la inconsistencia de los gobiernos, y de las leyes, la guerra y las turbulencias intestinas habían de paralizar los mejores proyectos y desvanecer las más bien fundadas esperanzas. Era indispensable pasar por muchos ensayos parciales y tentativas infructuosas, antes de poder proceder con acierto en la mejora progresiva de la enseñanza: y mientras tanto los desórdenes públicos consumían los recursos, introducían el desenfreno en las costumbres y relajaban la moral.

Así fue que las escasísimas escuelas de primeras letras, y los seis u ocho colegios, que se hallaron existentes al estallar la revolución, conservaron por largo tiempo su planta primitiva, sin que se alternasen, ni el método, ni las materias del estudio en ellos. Mas bien podrá decirse que estuvieron cerrados todos estos establecimientos de enseñanza, en los ocho o nueve años de encarnizada guerra que precedieron á la reorganización del país: por que era imposible atenderlos, cuando el pillaje, la desolación y la muerte vagaban por todas partes. La emigración llevó entonces al extranjero algunos fugitivos, que debían al regreso á su patria traerle conocimientos útiles: los sobresaltos continuos, avivaron, y sacaron de la indolencia a otros, haciéndolos más susceptibles de instrucción y pulimento: se introdujeron buenos libros, que dieron ensanche á las ideas, y auxiliaron a falta de maestros, á los que se veían de repente elevados al rango

de legisladores y estadistas: fueron aumentándose las imprentas y los periódicos; y empezaron á ventilarse cuestiones provechosas que excitaban á meditar y escribir.

La fundación de algunos colegios de provincia, el aumento de las escuelas de primeras letras, y la introducción en estas del método lancasteriano, fueron los primeros pasos positivos en favor de la enseñanza pública. Dióse después por una ley, nueva forma al sistema entero, ampliando en todo lo posible los objetos de la instrucción, facilitando esta, y sometiénola á reglas uniformes, invariables y simples; se organizó la parte directiva, se pronunció el establecimiento de escuelas y casas de educación y se crearon las universidades centrales, y departamentales, abrazando en su institución un vasto y sabio plan que gradualmente irá realizándose. Colombia debe una Inmensa suma de gratitud á sus legisladores por tan señalado beneficios: y la posteridad, más ilustrada, sin duda, que nosotros, bendecirá su memoria.

Entonces fue cuando la instrucción pública principió á marchar entre nosotros con regularidad, abierta la senda para que pueda comprender en su extenso círculo todos los ramos de los conocimientos humanos. Los idiomas, la moral, lo sana filosofía, la ciencia de la legislación y del derecho, las matemáticas, la física, la economía política, la ciencia administrativa, la literatura, la medicina, los dogmas de la fe, la historia, y los estatutos de la iglesia, y todas las demás nociones principales de los estudios modernos, fueron ya el objeto de las tareas literarias de la juventud, sin la manía del latín, sin los ridículos esfuerzos de la memoria, y sin el extravagante ergotismo. Es verdad que han faltado en algunas materias profesores instruidos; pero aun tratando éstas por ahora elementalmente, sus fundamentales rudimentos se graban, las discusiones de las aulas, dilucidan y fijan algunos interesantes principios, su análisis embelesa, y un talento privilegiado, avanza, descubre, y llega á poseerlas por sí mismo. Este departamento puede envanecerse con razón, de haber sido el que ha tomado más interés por la reforma de la enseñanza, y el que ha recogido también de ella, más sazonados frutos. El patriotismo, y el ardiente amor por el bien público, que caracterizan á los hijos del Cauca, han superado todas las dificultades, proporcionado los recursos, y satisfecho los deseos generales. Instalada la Universidad con el lleno de cátedras que le designa la ley, se erigieron dos nuevos colegios, que facilitan á los jóvenes sus primeros estudios: y á pesar de las calamidades, y de las turbulencias, los cursos principiaron, y han continuado sin notable intermisión, con numerosa asistencia, y dirigidos por patriotas celosos, y eruditos. Popayán ha visto con asombro, en los certámenes literarios anuales, el aprovechamiento de los alumnos: ha visto dar razón de materias enteramente

conocidas, y de utilidad inmediata; y analizar bajo todos aspectos los principios más sublimes, y las cuestiones de más trascendencia para el bien comunal: ha visto el fútil escolasticismo por el rigor y el método de las ciencias exactas, cultivadas con aptitud y preferencia: ha visto á una juventud florida, áncora y consuelo de la patria, desplegar talentos, erudición, y elocuencia. superiores á su edad: ha recogido con placer estas bellas primicias de un establecimiento naciente, llevando la imaginación á los bienes que de él recibirá en adelante.

Las excelentes disposiciones, la singular aptitud de los hijos de esta provincia para los estudios, son una ventaja inapreciable: hay en ella también menos disipación, mejores costumbres, que en otras partes: la sensatez de estos pueblos es notoria. Todos estos elementos han cooperado en favor de la instrucción, auxiliando á las leyes; y no debe por tanto extrañarse lo que se ha conseguido en pocos años. Podemos decir sin equivocación, que no es ya la tintura superficial de las ciencias, no son las frases misteriosas y afectadas, no la cita de un escritor de nota, lo que hace pasar entre nosotros por hombre docto, á un engreído charlatán: la diaria enseñanza y los actos literarios frecuentes, van revelando la verdadera sabiduría, formando el gusto, y puliendo á la generación que se levanta.

No hay duda, Señores, que si la educación continuase la marcha que ha comenzado, pidiéramos entregarnos dulcemente á la esperanza de ver en nuestros días, bastante avanzada la regeneración social, por que tanto anhelamos. La práctica iría indicando saludables reformas, que se adoptarían en mejora de la misma educación, y el sistema se perfeccionaría gradualmente. Pero por desgracia, todos son temores, todos son contratiempos, y para nada se cuenta estabilidad. Entre tanto cunden en la República los vicios, progresa la inmoralidad, y el contagio se nos acerca, nos toca, nos desalienta, y acobarda. ¿De qué sirve trabajar en buen sentido, si mil causas más poderosas, más activas, obran en sentido contrario . . . ?

Lejos de nosotros estas reflexiones melancólicas y quizás exageradas: empapémonos de ideas más risueñas, y veamos en la mente, como filósofos, nacer el bien del exceso del mal. No desmayemos en la noble empresa que hemos acometido: es muy grata, muy lisonjera la consideración, de que tal vez no será infructuoso nuestro celo, ni se hará ilusorio el fin á que aspiramos. Cualquiera sea el sistema político, que al cabo de tantas oscilaciones llegue á establecerse en Colombia, si existe un gobierno sólido, él por su propio interés ha de promover la prosperidad general; y los agentes propios de esta son la ilustración, la seguridad, y la paz. Por otra parte, dado el primer impulso, las luces rara vez retrogradan: el despotismo comprime, las preocupaciones las baten, la

persecución las enmudece, pero ellas viven y se propagan. Yo veo escrito en el libro de los destinos el engrandecimiento de América: veo á este inmenso continente disputar y arrancar al fin el cetro de la civilización á la Europa, como la Europa lo arrancó antes á la Asia: y ya que nosotros no alcancemos la brillante época de este triunfo, es seguro que la presenciara nuestra posteridad.

A vosotros, jóvenes patriotas y estudiosos, queda encomendada la prosecución de estos laudables trabajos: es un legado precioso que la patria os confía, y que está en vuestros más sagrados deberes aceptar y desempeñar cumplidamente. La generación que os suceda se estimulará con vuestro ejemplo, e imitará vuestra constancia: y cada día serán más rápidos los progresos de la civilización; y cada día estarán más afirmadas las leyes, y más asegurados los derechos y las garantías individuales: y la tierra prodigará sus riquezas, el comercio vivificará nuestros incultos campos, tendremos artes e industria propias, y será Colombia nación dichosa, opulenta y respetable. Cultivad las ciencias y las letras, que ennoblecen el espíritu y proporcionan deleites puros, honra y establecimientos ventajosos. No os arredren las dificultades primeras, ni os desaliente ver el término de la carrera un poco lejano; la perseverante aplicación vence aquellas: y el tiempo vuela por desgracia más rápidamente de lo que pensamos. Decía un filósofo que las raíces de las ciencias eran amargas, pero muy dulces sus frutos; y esta verdad es palpable. La instrucción y los talentos tendrán siempre superioridad y consideración en el mundo, por muy corrompido que se halle, y los tesoros de la sabiduría no están expuestos á perderse, como los bienes y los placeres físicos. Aprovechad los días, y las fuerzas de la juventud, que pasarán para no volver jamás: en todo el curso de vuestra vida recogeréis el fruto de las tareas de los primeros años; y hasta en la vejez caduca su recuerdo os rodeará de imágenes agradables.